

Sin Fausto no hay heterónimos

Pablo Javier Pérez López*

Eduardo Lourenço. *Acerca de Fernando Pessoa*. Selección, traducción y epílogo de Carlos Vásquez; introducción de Carlos Ciro. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2013.

Una precisa y sugerente introducción de Carlos Ciro da la bienvenida al lector a este importante libro. Curioso e injusto, es, sin duda, que gran parte de la obra de Eduardo Lourenço permanezca inédita en castellano. Y esa es una deuda que la presente selección de textos pessoanos de Lourenço contribuye a saldar. Y no deja de ser curioso y sintomático que esta deuda con el castellano se comience a saldar más hondamente desde Colombia, país cuya familia pessoana crece al mismo ritmo que un amor verdadero. La traducción de Carlos Vásquez es muy grata para el lector castellano. Su epílogo resulta un acertado complemento.

Tal como afirma Carlos Ciro en su texto introductorio, Eduardo Lourenço es sin duda el más importante exégeta pessoano, quien más hondo ha llegado en el seguimiento de los pulsos del autor portugués y quien con más libertad y verdad ha dejado dicho algo sobre su obra, en la cual el diálogo entre poesía y filosofía se asoma al misterio de existir.

Lourenço afirma lo que muchos quieren olvidar tercamente, que el gran trasfondo del “juego de Pessoa” tiene que ver con el pensamiento, con la filosofía, con la metafísica. Una metafísica irreductible a un solo sentido, dialéctica, sintética, plural. Un juego, serio, “de dios o de poeta” que asumiendo la quiebra de sentido en el que se funda y agoniza la modernidad, hace del fingimiento la materia esencial del pensar poético. Su “sentimiento radical del misterio” (p. 19).

Lourenço parece evidenciar, remarcar y recordar oportunamente que la unicidad que salva esta pluralidad metafísica (con sus consabidos mitos y heterónimos) se nutre ante todo de un romanticismo invertido, de una asunción sincera del valor de lo ficticio, de la ruptura de las fronteras entre verdad y mentira, entre el mundo y el yo que coloca al poeta ante un abismo entre dos ficciones. Este es el lugar esencial del que nace todo el poetizar pessoano, y quedarse en los laberintos heteronímicos nos desvincula del misterio esencial y fundacional que oculta el nombre Fernando Pessoa.

Eduardo Lourenço recuerda como ningún otro crítico que Pessoa, en la conciencia del dolor de la lucidez, en el dolor del sentido perdido se encuentra entre dos ficciones. Recordemos aquí a Cioran que en *Ese maldito yo* escribe: “El

* Universidade Nova de Lisboa

hombre se halla en algún lugar entre el ser y el no-ser, entre dos ficciones" (Barcelona: Tusquets, 2008, p. 116). Ese es el lugar esencial que ocupa también Pessoa. Lourenço ahonda en este abismo del que brota el no-texto de Fernando Pessoa, la imposibilidad de conciliación entre la ciencia y la ética, entre el querer saber y el querer existir. A eso Eduardo Lourenço lo llama "conciencia explotada". Cómo ser aún, cómo nombrar aún en un mundo que impide el sentido, la significación, la ocupación del mito y del símbolo, la vivencia adentrada de la pasión sin padecimiento. Sólo el sueño se ofrece como posibilidad real de mudanza o al menos como materia primera del hacedor. Pessoa, declara con acierto Lourenço, se inventó los compañeros necesarios para un diálogo imposible en una época sin verdad. Sin verdad real, vivida, enraizada, sentida. La poesía, actúa como descripción y como redención de un desierto significativo donde, más allá del aparente fingimiento existe una asombrosa sinceridad. La de un portugués que frente a la hipocresía genética de un pueblo que "se levanta cada mañana de la cama inmaculada donde nunca se planteó nada que la perturbase" (p. 25) ofreció su corazón herido. Sólo de esta soledad, la del genio, la del que puede ver más allá, la que nace en el exilio, sólo de ella, pudo nacer una tan precisa y penetrante "conciencia de la condición humana en cuanto exilada" (p. 26).

Caeiro, es según Lourenço, el gran maestro que reclama la necesidad de recuperar el sentido, de recuperar el poder ontológico del lenguaje. ¿Cómo lo reclama? A través de la aceptación de la ficción del ser pero también a través de la exigencia de un sentido positivo que se pueda habitar. En Pessoa y con Caeiro, parece sugerir Lourenço, en la búsqueda indeleble "de una existencia libre de la enfermedad de ser consciente" (p. 31) se propugna una necesidad de rehabi(li)tación del sentido, en un sentir pleno, que sin pensamiento subyugante devuelva a la palabra la capacidad de significación perdida con el exceso de voluntad homogeneizadora de la gnoseología de la Modernidad. Aun así en Caeiro, afirma Lourenço, "la plenitud del sentido encarnada por Caeiro está rasgada en su propio interior y la dicha que expresa está invalidada por la inquietud que debía abolir" (p. 32) por el "vértigo ontológico" (p. 86) que lo fáustico deja indeleble en todos los Pessoas. El poeta, la poesía, no puede encontrar el sentido, afirma Lourenço. La poesía no satisface, satisfaría el misterio buscado, infinito y perdido. "Sentido y poema están separados para siempre, puesto que el yo no es más que una pura ficción" (p. 35). El rostro está perdido, en definitiva. Recuerdo aquí un importante poema de Antonio Ramos Rosa titulado precisamente "O sentido" e incluido en *Acordes*, del que vale la pena recordar unos versos: "O sentido não está em parte alguma. [...] Muitas vezes os seus nomes não são nomes | ou são feridas, paredes surdas, finas lâminas, | minúsculas raízes, cões de sombra, ossos de lua. | Todavía, é sempre o amante desejado | que o poeta procura nos obscuros redemoinhos" (Zaragoza: Olifante, 2002, p. 130). "El secreto de la búsqueda es que no se encuentra" (p. 29), escribe Pessoa en su *Desasosiego*;

“La vida no tiene ningún sentido” dice António Mora fáusticamente (*Obras de António Mora*. Lisboa: INCM, 2002, p. 322). Ese querer y no tener, ese buscar sabiendo que no se encuentra, ese aunar lo imposible y lo necesario, palabras de Jankelevich para definir lo trágico¹, es la labor esencial del drama pessoano, plural, teatral, pero drama que nace de ahí. Olvidar el origen y la perennidad de esta herida, es cuando menos improcedente y en cada estudio de Lourenço esto se manifiesta con fuerza, con coherencia y con verdad.

En los textos de Lourenço sobre Pessoa se reafirma la idea, acertada y esencial, del surgimiento de lo dramático de la raíz del “sentimiento original de sula? irrealidad” (p. 29). La irrealidad asumida, la ruptura entre lo real y lo irreal, sumamente quijotesta y borgiana. Los avatares pessoanos serían, en esta dirección, apunta Lourenço, “los tres éxtasis temporales” (p. 41) en términos heideggerianos, para recuperar lo real desde la irrealidad colonizada. La temporalidad detenida o habitada está en el seno del misterio y en su “luminosa extrañeza” (p. 36) está el espejo del poeta.

En este sentido en este diálogo reinstaurado que es el drama pessoano, desde la perspectiva de Eduardo Lourenço, se hace evidente la importancia de la dialéctica poesía-filosofía. Lourenço reclama la necesidad de esta dialéctica y hace evidente que “la interpretación ‘filosófica’ o ‘metafísica’ de la poesía de Pessoa, es, no solo innegable, sino casi obsesiva” (p. 49). Y siendo así, resulta necesario, reafirmar hoy esta posición ante algunas generaciones de pessoanos que quieren entrar al centro del laberinto pessoano sin aceptar esta profunda obviedad. Para decirlo de otro modo, sin *Fausto* no hay ni puede haber heterónimos.

Bien es cierto, como afirma Lourenço, que más allá de este diálogo, la poesía pessoana, su tejido ficcional, plural, narrado o soñado se quiere hacer con “el enigma mismo” pero del mismo modo y tal como afirma Lourenço “las aporías de la conciencia filosófica [...] conflicto entre la conciencia y la vida, la inteligencia y la acción, la inteligencia y el amor, el bien y el mal, la conciencia y la inconsciencia [...] se convertirán para Fausto en la apuesta de un drama intelectual en que se juega el sentido de la vida” (p. 50). De la constatación del inseparable quehacer filosófico-poético nace la otredad perdida, el ser necesitado. Recuerdo aquí un verso de Leopoldo María Panero, la poesía que quiere acorrallar al ser en la página.

La importancia de este sentir fáustico en la interpretación de Lourenço nos hace pensar en el lugar irrelevante que *Fausto* ocupa en los estudios pessoanos de los últimos años. Una relectura de Eduardo Lourenço reclama con urgencia la necesidad de reconsiderar a Pessoa en la perspectiva fáustica pues como leemos “resulta difícil hallar un texto – o, más bien, un conjunto de fragmentos poéticos – en los que la esencia del pensamiento moderno en tanto nihilismo sea expresada con tal insistencia y negrura” (p. 53).

¹ “Il y a tragédie toutes les fois que l'impossible au nécessaire se joint” (*L'Alternative*. Paris: PUF, 1938, p. 150).

Y frente a ese vacío de lo moderno, la necesidad de “significar la ausencia de ser en todo lo que existe” (p. 59), de ser, de que seamos en nuestra propia ficción, en nuestro propio mito, en nuestra propia identidad perdida. Cabe destacar el interesante matiz que Lourenço establece para diferenciar, aún dentro de la vivencia de la ficción de la ficción, a Borges y Pessoa. Según Lourenço, Jorge Luis Borges, fue “una ficción satisfecha de sí misma” (p. 65). Y es ciertamente ahí donde se plantea lo dramático, en la schopenhaueriana insatisfacción radical en la que nace lo trágico.

En el trasfondo del irracionalismo y en la certidumbre del “fallo intrínseco del idealismo como conciencia feliz” (p. 71) que se demuestra en la incomunicación y en la incomunicabilidad moderna, en eso que Lourenço llama “trágico moderno”, en el “infierno de la subjetividad moderna”, en la “tragedia subjetiva” (p. 89) de la modernidad, es donde debemos buscar, parece decir Lourenço, y lo dice muy bien, al Pessoa genuino o a su sombra.

Otra de las claves interpretativas que necesitamos recuperar para una exégesis apurada de Fernando Pessoa la ofrece Lourenço en su análisis del *Libro del desasosiego* cuando escribe que “en realidad todo el Libro del desasosiego es una escritura de la muerte...” (p. 79). En este sentido, cabe afirmar que en la escritura de la ausencia, que supone el sacrificio de la identidad, está la labor poética si es genuina y adentrada en el misterio. Recuerdo aquí una afirmación de Juan Gelman: “El poema perfecto es escribir la muerte”². Y es que en esa construcción de la ausencia en la que se afana Soares, en esa aceptación de nuestra ausencia está enunciada toda la encrucijada de la modernidad como irremediable entretejimiento de la vida y la ficción.

² Entrevista en la Universidad Nacional de San Martín, Junio de 2011. Disponible en internet: <https://www.youtube.com/watch?v=Q-o5axirvwk>